

## LA PRENSA EN EL MUNDO MODERNO

Discurso de recepción del título de Profesor Asociado de la Escuela de Periodismo de la Universidad Finis Terrae, Santiago, 22 de noviembre de 1992. James R. Whelan es fundador del *The Washington Times* y profesor de Periodismo en la Universidad de Maryland. Actualmente se desempeña como Vicepresidente de la Interamerican Foundation, designado por el Senado de los Estados Unidos. El profesor Whelan es autor de dos obras sobre nuestra historia contemporánea: *Allende: The Death of a Marxist Dream* (1981), y *Out of the Ashes - Life, Death and Transfiguration of Democracy in Chile, 1833 - 1988* (1989).

*Suspira un hombre con alma tan muerta  
Que a sí mismo nunca se ha dicho  
Esta es mi tierra, la Patria mía.*

SIR WALTER SCOTT

**L**os melancólicos versos de Sir Walter Scott hacen pensar que ese hombre de alma tan muerta e insensible es, a menudo, el periodista contemporáneo.

Lo que afirmo no es trivial, como me esforzaré en demostrar. En primer término, quiero decirles que el tema de mi conferencia de esta tarde versa sobre el papel de la prensa en el mundo moderno, con énfasis en los países en desarrollo. Deseo exponer este problema con una pequeña dosis de licencia poética, a través de un caso real, pero en el cual me he permitido cambiar algunos nombres.

Nuestro caso de estudio sucede en una rumbosa isla tropical, que llamaremos Isla Encantada.

La Isla Encantada está situada, casualmente, en medio de una de las principales rutas utilizadas para el transporte de drogas, desde un país sudamericano conocido como una importante fuente de suministro. Un día cualquiera, aparece sin previo aviso, en el aeropuerto internacional de Isla Encantada, un extraño avión, equipado con lo que parece ser un sofisticado equipo de radar, que se estaciona en un rincón apartado del aeropuerto. El misterio que rodea al extraño aparato se intensifica y crece aún más, cuando se comprueba que no ostenta ninguna sigla o insignia que lo identifique. De vez en cuando, nuestro misterioso avión despegua, y luego de algunas horas regresa a su sitio de estacionamiento.

Alguien con espíritu emprendedor toma una fotografía de la misteriosa aeronave y la lleva al editor del periódico local. El editor tiene un grave problema que resolver, porque no se necesita ser Houdini para darse cuenta que el avión misterioso está asignado a la vigilancia del narcotráfico y/o a la intercepción del mismo. Sabe que, si publica la fotografía, puede arriesgar la misión del avión espía.

Si ustedes estuvieran en la situación de nuestro editor, ¿publicarían la foto? Después de todo, todos sabemos perfec-



James Whelan junto a Pablo Baraona

tamente que la ética predominante en el periodismo mundial contemporáneo postula que es responsabilidad del Gobierno tratar de guardar el secreto y, por el contrario, que el deber de los medios de comunicación es tratar de revelarlos.

Para terminar el examen de nuestro caso, parece que el editor del periódico de Isla Encantada sí publicó la foto. Al día siguiente, el avión sin marcas desaparece, y la guerra de las drogas pasa a ser problema de otros.

Ahora bien, antes de que se sientan tentados a colgarle el "sanbenito" a nuestro editor, permítanme señalarles que, al publicar la foto, él estaba muy lejos de navegar contra la corriente. Para demostrar esto, les daré uno o dos ejemplos de lo que estoy afirmando. También intentaré aclarar por qué creo que gran parte de los periodistas contemporáneos, como gremio, tienen los sentimientos tan dormidos como el hombre del poema de Sir Walter Scott.

Quisiera comenzar con el caso del célebre "Heraldo de Bagdad", Peter Arnett, de la cadena televisiva CNN. El siguiente diálogo se desarrolló el año pasado en el programa "Crossfire", entre Arnett y el anfitrión, Pat Buchanan. Es posible que algunos de ustedes lo hayan visto y lo recuerden. Ante una observación de Arnett, sobre que su trabajo no

incluye tomar partido por una causa. Buchanan pregunta:

- B. "Si hubieras sabido algo, y ese algo hubiese podido salvar las vidas de decenas o quizás centenas de soldados norteamericanos, ¿habrías transmitido esa información?"
- A. "No, no la habría transmitido. En primer lugar, no la habría podido obtener, pero si así hubiera sido tampoco la habría transmitido. Yo estaba en Bagdad como corresponsal de CNN, que no tiene afiliación política con el gobierno de Estados Unidos ... ¡Gracias a Dios!".

Dejando de lado el *non sequitur* de Arnett, acerca de la afiliación política de la CNN - o la ausencia de ella - lo importante es que el propio Peter Arnett cree que no le debe lealtad a bandera o a país alguno, ni tampoco a causa alguna - con la salvedad de una deidad de reciente invención: la Prensa.

Dejemos a otros un comentario sobre la manifiesta indiferencia implícita en el argumento de Arnett, sobre considerar al menos la posibilidad de que podría existir el Bien y el Mal; dejemos también de lado, por el momento, cualquier juicio sobre la proposición de que, según la definición de un periodista profesional, su vocación excluye la posibilidad de salvar vidas humanas. Por ahora, enfocaremos otra dimensión bastante penosa de todo este asunto, que nos lleva a pensar cuan lejos ha llegado la prensa al atribuirse el derecho absoluto de decir o publicar todo lo que quiera, inclusive los planes para fabricar una bomba H, en tiempos de paz o de guerra. Cuan lejos está la prensa, para decirlo de una vez, de la opinión de uno de los más distinguidos - y más liberales - de nuestros juristas: Oliver Wendell Holmes. Este gran juez de nuestra Corte Suprema tenía el siguiente juicio sobre esta delicada materia: "Cuando una nación está en guerra, muchas cosas que pueden expresarse libremente en tiempos de paz, son tan perjudiciales que su sola mención no podría ser tolerada mientras los hombres están luchando. No hay tribunal alguno que pueda considerar (su libre expresión en tiempo de guerra) como un derecho constitucional".

Nuestra proposición básica es que la prensa estima que, como institución, sólo es responsable - total, sola y exclusivamente - ante sí misma. La prensa se arroga el derecho de alzarse por encima de las naciones, las sociedades y los gobiernos - aún cuando dichos gobiernos hayan sido elegidos por el mismo pueblo que le ha conferido a la prensa privilegios especiales. La prensa es, por último, una entidad que puede darse el lujo de ser indiferente no sólo a las consecuencias de sus actos y conductas, sino hasta frente a la pérdida de vidas humanas.

Todo esto, a mi juicio, es una soberana tontería.

Quiero decirles que mis aprensiones al respecto no son nuevas, y lo peor es que siguen creciendo. Hasta donde puedo recordar, hace ya muchos años que comencé a sentir ciertas inquietudes en lo que concierne al papel de la prensa en los países en vías de desarrollo. Recuerdo que fui citado a las suntuosas oficinas de un hombre al que podría identificar como un ex colega. En ese entonces yo era un joven corresponsal de la vieja UPI, con base en Buenos Aires. El hombre que me citó se había desempeñado como traductor en las oficinas

de la agencia en Santiago, pero su carrera había prosperado mucho más que la mía, ya que este ex colega era entonces el Presidente de Bolivia, Hernán Siles Suazo.

El Presidente no me había citado para hacer reminiscencias, sino porque estaba indignado por algunos de mis reportajes sobre el asunto que me había llevado a La Paz: el incendio intencionado de la Biblioteca del Servicio Informativo de los Estados Unidos en La Paz y los subsecuentes disturbios antinorteamericanos que allí habían ocurrido. Sin embargo, su motivo principal de queja era que nosotros, los periodistas de la prensa internacional, nos molestábamos en tomar en cuenta a Bolivia sólo cuanto estallaban conflictos como el que he mencionado, en tanto que hacíamos caso omiso de algo mucho más real e importante, a saber, los esfuerzos del pueblo y de las autoridades bolivianas para construir una nación moderna. Debo suponer que todo esto les suena muy familiar a ustedes, ciudadanos de un país que la prensa mundial mencionaba hasta hace unos dos años exclusivamente cuando era azotado por una calamidad o cuando se esperaba un trastorno. Este era el argumento del Presidente Siles Suazo, un argumento que él asociaba con una advertencia porque - como me expresó en aquella entrevista - el resultado de nuestro comportamiento tendría un costo muy alto para nosotros los periodistas, porque la opinión pública mundial nos asociaría cada vez más como simples buitres que se ahitan de las angustias y tragedias de la humanidad.

Puesto que yo era muy joven y me sentía muy seguro de mis opiniones, rechacé de plano las observaciones del Presidente, como lloriqueos de un político que, simplemente, no entendía que el papel de la prensa era "informar". Un papel que ciertamente no incluía proyectar ni a Siles Suazo ni a su gobierno en los roles históricos que habían escogido para sí mismos.

De hecho, todavía recuerdo cómo me pavoneaba ante mis amigos y colegas con mi versión de lo que pretendía este pobre y patético político. Esto constituía todo un entretenimiento para un joven como yo, porque me constituía en el centro de atención, pero también me permitía autoconferirme de manera implícita el papel de un joven David defendiendo el Arca Divina de la verdad y la integridad periodísticas contra las asechanzas del Goliath boliviano.

En fin, todo aquello quedó atrás y, con el paso de los años y la acumulación de cicatrices, me he ido inclinando intelectualmente cada vez más hacia el punto de vista de Siles Suazo, al paso que veo cada vez con mayor incredulidad los cómodos sofismas con que se cubre la prensa. Sin embargo, debo reconocer que no llego aún a compartir por completo el punto de vista del Presidente de Bolivia, lo que induce a confesar que no tengo una respuesta fácil, limpia y nítida a la pregunta: ¿Qué significa la prensa en el mundo moderno? ¿Una bendición o una maldición? Con todo, y como ustedes habrán deducido, sí poseo algunos prejuicios y una o dos reflexiones sobre el tema.

En este punto de mi conferencia, creo percibir entre ustedes un murmullo ... ("¡Ajá! este es otro de esos editoriales insípidos - Ya conocemos el tipo: todo fuego y chisporroteo, y luego, a la mitad del camino, la consabida frase: 'Por otra parte ...'"). Bien, señoras y señores, éste no es tal tipo de editorial, porque no soy ni he sido editorialista de carrera. Lo

que es más: nunca me he sentido tentado a serlo, desde que supe como calificaba a los editorialistas aquel estadista norteamericano, el señor Adlai Stevenson. "Un editorialista - decía Stevenson - es aquella persona que una vez que ha terminado el combate, entra a la carga al campo de batalla ... ¡para rematar a los heridos!".

No, no soy editorialista pero fui durante muchos años un editor de periódicos. Para ser franco, nunca supe bien qué era o que hacía realmente un editor de periódicos. hasta que encontré algo que había dicho Lord Northcliff, el magnate de Fleet Street: "Un editor es aquel que separa el trigo de la paja, y luego ... ¡publica la paja!".

Veamos ahora hasta dónde podemos llegar, en el breve tiempo que nos queda, en la tarea de separar el trigo de la paja e ir al grano en el tema de las relaciones entre los medios de comunicación y los países en desarrollo. Para los propósitos de nuestro análisis, he preparado algunos comentarios sobre un país que pretendo conocer bien. Me refiero a Chile. Intentaré limitar mi enfoque al papel de la prensa, evitando la discusión de cuestiones socio-políticas tan incendiarias como, por ejemplo, ¿quiénes son los buenos y quiénes los malos en estos dramas? Iniciaré mis comentarios con algunas reflexiones sobre la fragilidad intrínseca de la prensa.

Al momento de mi auto de fe con el Presidente Siles Suazo, la pretensión por parte de todos los periodistas consistía en que eramos objetivos. Y hablo de cualquier clase de periodismo, como el periodismo interpretativo, e incluso de esa plaga posterior, el periodismo investigativo. Tan fuerte era esta pretensión, y tan fuerte era mi convicción de que así eran las cosas, que en 1968 escribí un artículo para una publicación de la Universidad de Harvard, en la cual argumentaba que la guerra civil de 1965 en la República Dominicana había significado el inicio de la pérdida de la inocencia de la prensa norteamericana, porque era la primera vez que nuestra prensa se había aliado con un bando u otro en una pugna internacional, y lo había hecho abiertamente y con pasión, abandonando así su papel tradicional de observar los eventos e informar sobre ellos, con olímpico desdén.

Permítanme un pequeño aparte que ilumina el grado de pasión periodística desencadenada por los eventos de 1965. Durante la secuela de levantamientos destinados a restaurar al profesor Juan Bosch en la presidencia dominicana, Dan Kurzman, del *Washington Post*, fue uno de los periodistas que publicó un libro sobre los acontecimientos. Su libro se tituló *La Revuelta de los Condenados*, y la base de su argumento era que la intervención armada, encabezada por los Estados Unidos, había frustrado el movimiento popular surgido para restaurar la democracia de Bosch.

Ahora bien, un año después se celebraron elecciones libres en la República Dominicana. Una bandada de periodistas de todo el mundo estábamos sentados en el bar circular del Hotel "El Embajador", que también servía de sede del Servicio Electoral. Al presenciar el conteo de votos, nos fuimos dando cuenta que el profesor Bosch estaba siendo enterrado vivo por su contendor, Joaquín Balaguer. A raíz de esto, comenzamos a burlarnos de Kurzman. "¿Qué me dices ahora - le preguntamos - de tu 'revuelta de los condenados'?".



*La Guerra del Golfo: ¿Sólo Noticia?*

Kurzmann nos miró furioso y, retirándose airadamente del bar, nos gritó: "¡El pueblo dominicano ... está equivocado!". Hasta ahí, entonces, la objetividad periodística.

Al decir esto no digo que los periodistas no hayan tomado partido antes de 1965. Basta recordar las duras palabras del hombre que ha sido, en opinión de muchos, nuestro más eminente estadista, Thomas Jefferson. El acostumbraba decir: "El hombre que no lee los periódicos, está mejor informado que aquél que los lee, puesto que el que no sabe nada está más cerca de la verdad de aquel cuya mente está llena de errores y verdades a medias".

Más de un siglo después, George Orwell, que luchó en el lado republicano durante la Guerra Civil de España, y que comenzó la guerra como militante socialista, escribió: "A temprana edad me enteré que los periódicos no informan de suceso alguno en forma correcta, pero en España tuve ocasión de leer artículos que no guardaban relación alguna con los hechos ..."

A semejantes prácticas, podríamos aplicarles sumariamente la etiqueta de tendenciosas. Al hacerlo, deberíamos recordar lo que alguna vez dijo Oscar Wilde: "En los tiempos de antaño, el hombre poseía el potro de tormento. Ahora tiene a la prensa".

Pero aún tenemos que examinar una acusación más, a la que aplicaremos la etiqueta de superficial, antes de estudiar el caso de Chile. Comentando esto con su acostumbrada bulliciosidad, George Bernard Shaw expresó: "Los diarios, por lo visto, son incapaces de distinguir entre un accidente de bicicleta ... ¡Y el colapso de la civilización!". En tiempos más recientes, Alexander Solzhenitsyn ha escrito que "la ligereza y la superficialidad son las enfermedades psíquicas del siglo XX, y se manifiestan en la prensa, más que en cualquier otra parte". Un ensayista norteamericano - muy sagaz, creo yo - ha puesto el dedo en la llaga en un ensayo intitulado "El síndrome del mosaico que falta". Dennis Prager, a quien me refiero, comenta allí una de las tendencias más comunes y destructivas de la prensa. De acuerdo a Prager, una de las maneras más efectivas que tiene el hombre para sabotear la felicidad, es mirar un hermoso bosque ... y fijarse en el único árbol - o la

única hoja de este árbol - que falta. Prager expresa que esta tendencia se demuestra cuando se alza la vista y se mira un techo de mosaicos. Si quien lo hace pertenece a la mayoría, de inmediato se fijará en el único mosaico que falta, permitiendo así que se arruine su visión del resto del techo.

Escritores tan diferentes como el checoslovaco Milan Kundera y el norteamericano Roger Morris, han analizado el impacto de estas patologías periodísticas sobre la sociedad moderna. Escribe Kundera: "El espíritu de los medios de comunicación atenta contra el espíritu de la cultura. La cultura se basa en el individuo; los medios conducen a la uniformidad. La cultura ilumina las complejidades de la vida; los medios ejemplifican. La cultura es una pregunta interminable; los medios sólo conocen las respuestas rápidas. La cultura es la guardiana de la memoria; los medios corren tras el presente..." Por su parte, Morris expresa, en un tono muy similar: "Cuando pasamos revista a los errores trágicos de este último medio siglo lleno de tantos espectros, nada se demostrará más letal que la superficialidad substantiva, la banalidad y la irrelevancia de la mayor parte de nuestra prensa".

A estas alturas, Uds. podrían pensar que tanto mis testigos como yo mismo estamos tratando con demasiada severidad a la prensa. Después de todo, ha habido muchas cosas buenas en este siglo lleno de tantos espectros. Además, ¿no es la prensa solamente un primer y crudo borrador de la historia, como la calificó Walter Lippman? Bien, estoy dispuesto a conceder esto. Pero, sigo preguntando, ¿y cuanto de lo que salió bien salió así pese a los medios de comunicación? ¿Y cuanto más bueno y de valor pudo haber ocurrido sin que nadie se haya percatado? Y por último, ¿no es la prensa el único y crudo borrador que la mayoría de la gente se molesta en leer? Lo más grave para la democracia - que, después de todo, depende para su sobrevivencia de un electorado informado - es que el único y crudo borrador que ve la mayor parte de la opinión pública es el más superficial de todos los medios: la televisión.

Estas conjeturas no son de ninguna manera triviales, sobre todo para los que realmente queremos la democracia. Pero, para complicar aún más el problema, gran parte de los medios ha sucumbido ante una tercera patología, a la que llamaremos "la Enfermedad-de-Buscar-y-Destruir", que está presente en muchos de los resultados a los que ha llegado el denominado periodismo investigativo. La periodista Suzanne Garment se ha referido en forma brillante a esta enfermedad en un nuevo libro, en el cual habla de la perversión que lleva al periodismo hasta degenerar en un simple entretenimiento - un entretenimiento que exige cada vez más escándalos para alimentar los apetitos que ha creado. El resultado es que, en muchos casos, lo único que busca el llamado periodismo investigativo es el escándalo, la destrucción de individuos por actos que pueden o no ser inmorales - ¿quién de nosotros no ha pecado más de alguna vez? - pero de ningún modo corruptos. Jonathan Yardley, el ganador del Premio Pulitzer, ha observado que la importancia de este afán de persecución no puede ni debe ser subestimada.

Siguiendo con el tema, el excelente académico e investigador social Robert Lichter se ha referido a "un aumento de cinismo político, de enajenación y autodesconfianza, producidos por un tipo de periodismo que pone énfasis en la crítica, el negativismo y el conflicto". Suzanne Garment comenta que el

resultado de todo esto ha sido crear hábitos políticos que hacen cada vez más difícil para los gobiernos cumplir bien con su mandato, y que hacen cada vez menos probable que hombres y mujeres decentes pongan su reputación bajo el riesgo de ser descuartizada por una prensa caníbal, si es que se atreven a ingresar al servicio público.

Al decir esto, no pretendo que la prensa deje de cumplir con la dura responsabilidad de delatar la corrupción o el abuso de la fe pública. Tampoco pretendo que la prensa aclame y halague a los gobiernos, ni menos que se convierta en un cómodo socio del poder político en una confabulación que deja a la ciudadanía - el beneficiario putativo de ambos - en la orfandad. Lo que sí pretendo es que la prensa deje de comportarse como si la sociedad, la comunidad, fuera irrelevante a lo que los medios hacen o dejan de hacer. En una palabra, el comportamiento de la prensa pareciera expresar que la única moral que reconoce es aquella que ella misma ha creado.

Veamos ahora cómo estas reflexiones pueden aplicarse al caso de Chile. Unos cuantos días después que Salvador Allende se voló parte de su cráneo con una ráfaga de una AK-47 que sostenía entre sus rodillas, el periodista inglés David Holden escribió que Allende se había levantado de la tumba y, llevado de las alas de la prensa occidental, había volado hacia el Walhalla de mártires de sectas, reservado para aquellos como Eduardo "Ché" Guevara, lo que es un modo de expresar que la prensa occidental, desde el inicio de la revolución chilena de 1973, canonizó al ex Presidente, mientras condenaba al Infierno a la Junta Militar. Desde luego, la prensa tenía sus propios motivos para hacer esto. En primer lugar, Allende era un personaje tan pintoresco como descolorido era Augusto Pinochet: en segundo lugar, los slogans de Allende enganchaban bien con los prejuicios, no solo de los medios, sino de la mayoría de los académicos e intelectuales, en el sentido de que, para éstos, el único modo de crear una sociedad justa era a través del socialismo, lo cual - como lo señalaba Rosenstein-Rodan, era la ilusión más grande del siglo XX. El tercer factor que nos ayuda a entender el comportamiento de los medios es que, para ellos, los golpes de Estado de derecha - y, sobre todo, los golpes de estado militares - eran y continúan siendo anatemas. Pinochet y sus asociados echaron a la basura a la que era, hasta entonces, la segunda economía más estatista del hemisferio occidental, y crearon una economía que se ha convertido en líder del sistema de mercado en el hemisferio. El resultado fue que los generales fueron juzgados por la prensa no por lo que hacían o dejaban de hacer, sino de acuerdo a las doctrinas de Karl Marx o Raúl Prebisch, cuyas propias teorías han infligido daños incalculables al crecimiento y desarrollo de los países del hemisferio. Claro que, por supuesto, este hecho no ha sido percibido por los medios. El punto central es que Chile tuvo éxito a pesar de lo que expresaban los medios. Un éxito tan grande, que ahora ni los más empedernidos izquierdistas se atreven a cuestionarlo. Pero, ¿cuanto tiempo se perdió antes que el modelo económico chileno - ahora aclamado universalmente - comenzara a aportar iniciativas a otros sufridos países del Tercer Mundo, por culpa de una prensa que continuó inflando las teorías y paliativos, ahora desacreditados, que proclamaban al Estado como el verdadero motor del progreso?

Recuerdo muy bien, por ejemplo, el pronunciamiento de



Misiles "Patriot": Todo un símbolo

un autodenominado erudito norteamericano, que expresaba una opinión ampliamente compartida por los medios, sobre que "los generales chilenos, si los dejan, arrastrarán a su país hacia una Edad de Piedra, en la que un pueblo guerrero, primitivo y simplista, permanecerá durmiendo un largo sueño, esperando ataques fantasmas que llegarán de todos lados ..." Bueno, los ataques sí llegaron, pero lo que hicieron los generales y almirantes no fue arrastrar a la nación a una edad primitiva, sino a una situación envidiable.

Y así hemos llegado al final de nuestra peregrinación. Si ésta ha durado algo más de la cuenta, es por que creo que estamos hablando de algo que tiene mucha importancia.

Al hacer este parcial inventario de los defectos de la prensa contemporánea, no deberíamos sentirnos tentados a tirar al niño junto con la bañera. Un gran editor norteamericano, Vermont Royster, ha dicho

que "la libertad de prensa, la libertad de expresarse, es la **primera Libertad**, no por sí misma, sino porque es la libertad que hace posibles a todas las demás. No podríamos - continúa Royster - disfrutar de derechos como el juicio ante un jurado, o de elecciones libres, si los hombres no son libres para argumentar sus derechos y reclamarlos de la autoridad civil". No podemos - ni debemos - exigir de actividad humana alguna que esté completamente libre de error y de pecado. Es muchísimo mejor someternos a las debilidades irritantes y a los agravios de los medios de comunicación, antes de silenciar la única voz que puede, todavía, proteger nuestras libertades. La prensa sigue siendo la única voz que puede, todavía, permitirnos que nos goberremos bien y prudentemente.

Esta es, entonces, una doble responsabilidad que recae en todos nosotros. En primer término, podemos y debemos exigir que la prensa cumpla con la misión que le fue encomendada cuando nosotros, como pueblos libres de todos los países libres del mundo, le acordamos un lugar de privilegio dentro de nuestros códigos legales. Nótese bien que he dicho **dentro de nuestros códigos legales**, lo que implica para la prensa una responsabilidad ante la sociedad que va más allá que cualquier código invisible o artificial relacionado con las así llamadas éticas periodísticas, las cuales suelen existir espléndidamente aisladas de la realidad. En segundo lugar, esto implica una responsabilidad para todos nosotros, en el sentido de mantenemos atentos e informados sobre los temas y las decisiones que nos afectan. Edmund Burke lo expresó de manera espléndida, hace más de 150 años: "Para que triunfe el mal, es suficiente que los hombres buenos no hagan nada". No seamos, entonces, simples espectadores en el entierro de nuestra propia civilización.

En cuanto a los periodistas que tienen el alma muerta, deberemos recordarles una y otra vez el poema de Sir Walter Scott, cuya segunda parte habla de lo que espera a quienes les tiene sin cuidado la suerte de su patria:

*El desgraciado, todo concentrado  
En sí mismo  
Muriéndose dos veces, irá  
Bajando al vil polvo  
De donde surgió (y donde permanecen)  
Los que lloran  
Sin honor  
¡Sin recuerdo ...!*

